

25 años atrás, mejor dicho, desempeñan hoy un papel infinitamente más infame y reaccionario.

Si existen probabilidades (e indudablemente existen) de que la derrota de Alemania e Italia —con tal que exista un movimiento revolucionario— conduzca al colapso del fascismo, entonces existen, por otra parte, más aproximadas e inmediatas probabilidades de que la victoria de Francia aseste el golpe final a la corroida democracia, especialmente si la victoria es conseguida con el apoyo político del proletariado francés. La fortificación de los imperialismos francés y británico, la victoria de la reacción militar-fascista francesa, el afianzamiento del dominio británico sobre la India y otras colonias, ofrecerían, a su vez, apoyo a la más negra reacción en Alemania e Italia. En caso de victoria, Francia e Inglaterra lo harían todo por salvar a Hitler y Mussolini y rechazar el "caos". Naturalmente, la revolución proletaria puede alterar esto. Pero la revolución debe ser auxiliada, no estorbada. Es imposible ayudar a la revolución en Alemania por otro medio que aplicando en la acción los principios del internacionalismo revolucionario en los países beligerantes contra ella.

Los autores del documento se manifiestan abiertamente contra el pacifismo abstracto, en lo que aciertan, evidentemente. Pero están completamente equivocados al pensar que el proletariado puede resolver grandes tareas históricas por medio de guerras dirigidas no por sí mismo, sino por sus enemigos mortales, los gobiernos imperialistas. Se puede interpretar el documento como sigue; durante la crisis de Checoslovaquia nuestros camaradas ingleses y franceses debieron haber pedido la intervención militar de sus propias burguesías y asumido así responsabilidad por la guerra —no por la guerra en general, ni por una guerra revolucionaria, claro está, sino por la guerra imperialista dada. El documento cita palabras de Trotsky, según las cuales el Gobierno de Moscú debería haber tomado la iniciativa en aplastar a Hitler, ya en 1933, antes de que se convirtiera en un terrible peligro ("Boletín de la Oposición Rusa", 21 marzo 1933). Pero estas palabras sólo indican cuál hubiera debido ser el proceder de un gobierno realmente revolucionario, en un estado obrero. ¿Es admisible presentar la misma demanda al gobierno de un estado imperialista?

Ciertamente, no asumimos ninguna responsabilidad por el régimen que ellos llaman de paz. La consigna "todo por la paz" no es nuestra, y ninguna de nuestras secciones la enarbola. Pero no podemos asumir más responsabilidad por su guerra que por su paz. Mientras más resuelta, firme e irreconciliable sea nuestra posición ante este problema, mejor nos entenderán las masas, si no al principio, sí durante la guerra.

¿Pudo haber luchado el proletariado checoslovaco contra su gobierno y la política capituladora del mismo, por las consignas de la paz y el derrotismo? Cada cuestión concreta está aquí planteada en su forma abstracta. No hubo lugar para el "derrotismo" porque no hubo guerra (y no fué por accidente). En las veinticuatro horas críticas de confusión universal e indignación, el proletariado checo tuvo plena oportunidad de derrocar a su gobierno "capitulador" y tomar el poder. Para ello sólo se requería una dirección revolucionaria. Evidentemente, después de tomar el poder habría hecho una resistencia desesperada a Hitler, e indudablemente hubiera provocado una poderosa reacción en las masas trabajadoras de Francia y otros países. No especulemos sobre cual hubiera sido el curso posterior de los acontecimientos. En cualquier caso, la situación sería hoy infinitamente más favorable para la clase obrera mundial. Si; no somos pacifistas; estamos por la guerra revolucionaria. Pero la clase trabajadora checa no tenía el menor derecho de confiar la dirección de una guerra "contra el fascismo" a los señores capitalistas, quienes en el transcurso de unos cuantos días cambiaron tranquilamente su colabora-

ción, trocándose en fascistas y sub-fascistas. Transformaciones y decoloraciones de ésta clase, por parte de las clases gobernantes, estarán durante la guerra a la orden del día en todas las "democracias". Por eso el proletariado se arruinaría a sí mismo si determinara la línea fundamental de su política por marbetes tan inestables y formales como "por el fascismo" y "contra el fascismo".

Consideramos erróneo hasta la médula pensar que la tercera de las tres condiciones de Lenin para la política derrotista falle hoy, es decir, la posibilidad de "ayuda mutua de los movimientos revolucionarios de todos los países beligerantes". Los autores están hipnotizados por la cacareada omnipotencia del régimen totalitario. Evidentemente, la inmovilidad de los obreros alemanes e italianos no se debe en absoluto a la omnipotencia de la policía fascista, sino a la ausencia de programa, a la pérdida de la fé en los viejos programas y consignas, y a la prostitución de la Segunda y Tercera Internacionales. Sólo en esta atmósfera política de desilusión y abatimiento, puede el aparato policíaco realizar esos "milagros" que, triste es decirlo, han producido excesiva impresión, incluso en la mente de algunos de nuestros camaradas.

Naturalmente, es más fácil comenzar la lucha en aquellos países donde las organizaciones obreras no han sido aun destruidas. Pero la lucha debe ser comenzada contra el principal enemigo, el que como siempre está en el propio país. ¿Se concebiría que los trabajadores avanzados franceses dijeran a los obreros alemanes:

"En tanto que estéis en el cepo fascista y no podáis emanciparos vosotros mismos, nosotros ayudaremos a nuestro gobierno a aplastar a Hitler, esto es, a estrangular a Alemania con la soga de un nuevo tratado de Versalles, y después... después construiremos el socialismo junto con vosotros." Los alemanes podrían replicar: "Excusadnos, pero ya oímos esa canción de los socialpatriotas durante la última guerra y sabemos muy bien como terminó todo..." No, en ésta forma no ayudaremos a los obreros alemanes a renoncerse de su estupor. Debemos mostrarles por la acción que la política revolucionaria consiste en una lucha simultánea contra los respectivos gobiernos imperialistas, en todos los países beligerantes. Está claro que la "simultaneidad" no debe ser tomada mecánicamente, los éxitos revolucionarios, donde quiera que surjan primero, exaltarán el espíritu de protesta y sublevación en todos los países. El militarismo de los Hohenzollern fué íntegramente derrocado por la revolución de Octubre. Para Hitler y Mussolini, la victoria de la revolución socialista en uno de los países avanzados del mundo, es infinitamente más terrible que los armamentos combinados de todas las "democracias" imperialistas.

La política que trata de echar sobre el proletariado la insolvente tarea de precaver todos los peligros engendrados por la burguesía y su política de guerra, es vana, falsa y mortalmente peligrosa. "¡Pero el fascismo puede triunfar!" "¡Pero la U.R.S.S. está amenazada!" "¡Pero la invasión hitlerista significaría una carnicería de obreros!" Y así sucesivamente, hasta el infinito. No hay que decirlo, los peligros son muchos, muchísimos. No solo es imposible precaverlos, ni siquiera preverlos todos. Si el proletariado tratara de dar caza separadamente a cada peligro episódico, a expensas de la claridad e irreconciliabilidad de su política fundamental, revelaría infaliblemente su propia bancarrota. En tiempos de guerra cambiarán las fronteras, victorias y derrotas militares alternarán entre sí, mudarán los regímenes políticos. Los trabajadores serán capaces de aprovechar íntegramente éste caos monstruoso, solo ocupándose de actuar no como supervisores del proceso histórico, sino empeñándose en la lucha de clases. Solo el crecimiento de su ofensiva internacional pondrá fin tanto a los "peligros" episódicos como a su fuente principal: la sociedad de clases.